


Susana Frouchtmann

EL HOMBRE DE LAS CHECAS



**La historia de
Alfonso Laurencic,
el artista
de la tortura**


ESPASA

SUSANA FROUCHTMANN

EL HOMBRE DE LAS CHECAS

La historia de Alfonso Laurencic,
el artista de la tortura


ESPASA

© Susana Frouchtmann, 2018
© Lluís Permanyer, por el prólogo, 2018
© Espasa Libros, S. L. U., 2018

Iconografía: Grupo Planeta

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 528-2018
ISBN: 978-84-670-5157-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar las autorizaciones de los propietarios del *copyright* de las imágenes que ilustran esta obra, manifiesta la reserva de derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadeloslibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Black Print

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	13
PRÓLOGO, DE LLUÍS PERMANYER	15
1. EL MARIDO DE LA INSTITUTRIZ	19
2. DETECTIVE EN ACCIÓN	35
3. LAS ENTRAÑAS DE LAS CHECAS	57
4. ENTRE HERMANOS	73
5. EN BUSCA DE MERI	87
6. PESQUISAS SOBRE UN PERIODO IGNORADO: JULIO LAURENCIC	117
7. ÚLTIMA BATIDA	141
8. ALFONSO LAURENCIC: EL RECUENTO	163
EPÍLOGO. «LO SIENTO, MERI, CRÉEME QUE LO SIENTO»	219
ANEXO. LAS CHECAS, INTRODUCCIÓN Y LISTA	229
ACRÓNIMOS	239
BIBLIOGRAFÍA	241
ÍNDICE ONOMÁSTICO	247

1

EL MARIDO DE LA INSTITUTRIZ

Crecí en un hogar sin más tempestades que las que pudiera traer el invierno y, si eso sucedía, vivíamos al abrigo de estas. Cuidados por el calor de una casa confortable y tres personas de servicio que nos atendían, una modista que se ocupaba de hacer los remiendos, más una monja que velaba nuestro sueño si caíamos enfermos. Nuestra vivienda estaba situada por encima de la avenida Diagonal de Barcelona, una ubicación que llegó a considerarse como la mejor zona de la ciudad, cuando el espléndido Ensanche decayó durante unos años.

Si mis padres tuvieron alguna desavenencia entre ellos, sus hijos jamás la presenciamos. Menudeaban las broncas a nosotros, no iban a ser todo mieles. Porque no fuimos unos niños consentidos. Se nos exigía al máximo, preparándonos para una vida que nos iba a pedir mucho más. Buena conducta y unas notas aceptables fueron algo obligado y, aunque no siempre se consiguieron (ni todos éramos iguales), el resultado fue que, cuando nos marchamos de casa, estábamos preparados para enfrentarnos al mundo. Luego la vida nos estrujó a cada cual de manera diferente, pero con nosotros iba ese bagaje, más una buena preparación musical, las lecturas de

una vasta biblioteca... Además participábamos en la conversación de los mayores cada día en la mesa, ya que nuestros padres jamás quisieron que almorzáramos en el colegio. La hora de comer también era la hora de aprender a comer con esmero; y de aprender a conversar como ellos hacían. La nuestra era, sin duda, una familia burguesa. Únicamente por serlo, es muy posible que algún lustro atrás nos hubieran asesinado sin miramientos, pero nosotros crecimos sin saberlo, considerando, además, que aquel era el día a día de cualquier mortal, sin cuestionarnos si la vida repartía por igual y en cualquier confín los varios privilegios que disfrutábamos. Solo mucho más tarde —ya adultos— supimos cuán equivocados crecimos. Porque, aunque los hermanos hemos pasado borrascas, enfermedades, alguna muerte inesperada, desilusiones, traiciones, algún momento duro, eso son las habituales acometidas de la vida. No una guerra; ni tres, como sufrieron nuestros padres y abuelos. Solo por ello, la nuestra es una generación muy afortunada.

En ese entorno de bienestar, un día llegó Meri Laurencic a nuestra familia. No debí de prestar mucha atención a su incorporación en la intendencia familiar, pero tras varias conversaciones con mis hermanas, las tres hemos concluido que tuvo que ser al final de la década de los cincuenta. La recuerdo caminando por los pasillos de puntillas. «*Shhh. Deine Mutter ist ausruhen*» (Shhh. Tu madre está descansando), me decía con el índice sobre los labios en señal de un silencio atemorizado si me topaba con ella, lo que nunca me impidió seguir brincando o jugando con mi hermano Manuel a una especie de baloncesto que nos inventamos. Se trataba de, sorteando al enemigo, encestar en el hueco de la cornisa de un

amplio distribuidor que daba a todos los dormitorios —incluido el de mis padres—. Y es que Meri nunca ejerció ninguna autoridad sobre mí (Manuel no entraba en sus competencias), seguramente porque no quiso. O porque su alma ya no le daba para mantener a raya a una mocosa díscola. Su principal ocupación eran mis hermanas menores, niñas encantadoras y preciosas. No sé si en aquel entonces Meri quería a alguien más que no fueran ellas; si su vida con Alfonso Laurencic dejó espacio para nadie más.

Mi madre aseguraba que había sido una mujer hermosa, algo que yo nunca fui capaz de vislumbrar. Para un niño, las personas mayores son mayores, sin más. Meri siempre vestía igual: falda recta, camisa con una rebeca encima, zapatos de medio tacón, el pelo corto y ondulado, teñido en un discreto tono rubio claro, los labios con un *rouge* suave. Su aspecto era muy cuidado, pero sin ninguna estridencia. Ella —que para nosotros siempre fue Frau Preschern— tenía entonces más de cincuenta años.

Meri comía con la familia, en la mesa principal que solía ser concurrida y agitada puesto que, con suma frecuencia, se unían amigos de uno y otro hermano, o algún conocido de nuestros padres. Estuviera quien estuviera, ella hablaba poco; de hecho, casi nada, a menos que mis padres le dirigieran la palabra, y entonces contestaba queda, casi en un susurro. Siempre en alemán. Tampoco participaba en la severa lección de modales que nos imponían sin concesiones nuestros padres —«saca los codos», «cierra la boca», «baja los brazos», «no hagas ruido», etcétera—, ni daba munición al enemigo cuando, por lo que fuere, a alguno de los hermanos le caía una bronca, algo muy de agradecer ya que eso sí lo hacía una de

las tres muchachas de servicio, lo que solía empeorar el castigo consecuente.

Tras la comida, Meri, que tenía modales muy esmerados, saboreaba con placer el café y el cigarrillo que le ofrecían mis padres (ignoro por qué recuerdo este detalle con tanta precisión; y cómo se bajaba la falda al sentarse). Luego, finalizado el almuerzo, abandonaba con sigilo el comedor y se detenía a charlar un rato con las muchachas de servicio hasta media tarde, momento en que iba a buscar a mis hermanas al colegio; pasaba la tarde en casa o en el parque con ellas y, antes de cenar, se iba. Persona muy independiente, siempre conservó su vivienda. Un piso muy amplio, pero sin lujos, modesto, muy modesto, bastante deteriorado también, en el 1.º-1.ª del número 5 del paseo San Juan. De dos en dos subía yo las escaleras tras mi madre cuando, por lo que fuere, la visitábamos. Tal vez cuando caía enferma, no lo sé. Tampoco es importante. Solo siento no haber sido entonces lo que soy desde hace ya varias décadas: una curiosa insaciable. Le habría revuelto la casa, le habría rogado —o persuadido— que me contara esa historia que, año tras año, calló con tanto celo.

Nuestra madre nos explicó, muy por encima, que a su marido lo habían fusilado nada más acabar la Guerra Civil. He de suponer que mis nueve años impidieron que calibrara lo que significó la contienda —cualquier contienda— así como sus consecuencias, para Meri y para todos. De forma que, para mí, ahí terminaban sus antecedentes.

—Era arquitecto, y los rojos lo utilizaron para diseñar las checas. De no hacerlo, lo habrían matado —añadió mi madre, sin embargo—. Se llamaba Alfonso Laurencic.

Guerra, cárceles, rojos. Nada que entonces me pareciera importante. Pero ese nombre se quedó agazapado en mi memoria. Y la memoria de la niñez suele volver. La infancia, la familia de la que provenimos, vuelve a nosotros una y otra vez de forma que siempre está en nosotros, e influye en todo lo que hacemos. El entorno en el que crecimos es una huella que se lleva en el alma. Es lo que define tu esencia. Está en nuestro ADN ideológico e intelectual, y también en el sentimental.

Me viene al recuerdo una tarde de domingo, una de esas tardes de inexcusable cine con mis hijos. Mi hijo Juan —desde niño, apasionado cinéfilo— era quien decidía la película. Fuimos a ver *Avalon*, de Barry Levinson, la historia de los hermanos Krichinsky; judíos polacos que, al inicio de la Primera Guerra Mundial, emigran a Estados Unidos, donde se casan, tienen hijos, luego nietos... Y, pese a las dificultades de su inicio como inmigrantes y los conflictos familiares, prosperan hasta conseguir la vida que perseguían. No era una película trágica, pero inesperadamente empecé a llorar; yo, que no soy de lágrima fácil. Y mi hijo me preguntó, atónito e incómodo, por qué lloraba. Lloraba porque aquellas imágenes hogareñas —las comidas, las celebraciones, la forma de hablar entre ellos, la música— me habían devuelto de golpe a las tertulias en casa de mis abuelos paternos, ambos judíos: él, Edmundo Frouchtman, nacido en Tarnopol, Galitzia, territorio entonces del Imperio austrohúngaro, de donde a los diecisiete años y disgustado con su padre se fue caminando rumbo a Viena y luego a Berlín; y mi abuela, Susana Rager, polaca de Varsovia a la que Edmundo conoció en París, donde se casaron en septiembre de 1905.

Aquellos momentos de infancia vividos con ellos, y que parecían perdidos para siempre en mi inconsciente, nunca me habían abandonado. Hiciera lo que hiciera en la vida, yo era y sería siempre, cuando menos en parte, lo que ellos fueron. Y esa huella ha hecho que mi yo siempre haya estado dividido entre cómo me formaron y lo que siento. Y lo cierto es que siempre me he sentido parte de *Avalon*. Mucho debió de pesar.

Acontecimientos o descubrimientos han irrumpido en mi vida de adulta, en alguna ocasión, haciendo que todo se tambaleara. Que en realidad aquello que creí incuestionable ni siquiera se acercaba a la verdad. O cuando menos, no como me fue contado, o como creí entender. Lo que estáis leyendo forma parte de lo silenciado, de las medias verdades del pasado que han surgido cuando imaginaba que ya había conseguido desvelar los grandes misterios de mi familia. Descifrados los códigos esenciales. Pero, como decía antes, la infancia siempre vuelve.

Alfonso Laurencic —fusilado en el Campo de la Bota en julio de 1939— volvió el verano de 2015. No lo buscaba. Navegaba por internet a la caza de un dato sobre Barcelona durante la Guerra Civil cuando topé con un artículo del diario *La Razón*:

¿QUIÉN FUE EL ARQUITECTO DE LAS CHECAS?

Alfonso Laurencic, fusilado tras la Guerra Civil, ideó un auténtico museo de la tortura física.

El 12 de junio de 1939, todas las miradas confluyeron en un hombre alto y corpulento, que vestía abrigo negro y pantalón de dril blanco, e iba calzado con unas sencillas alpargatas. De

su rostro sobresalía una descuidada barba rubia y los ojos permanecían ocultos bajo unas gafas oscuras. Caminaba esposado, dando muestras de una pasmosa serenidad. Antes de tomar asiento en el banquillo, saludó al Tribunal con una ligera inclinación de cabeza.

Poco después, comenzó el procedimiento sumarísimo contra Alfonso Laurencic, de 37 años, casado, nacido en Francia, de padres austríacos y por entonces súbdito yugoslavo. Había estado en España con anterioridad a 1923, en Barcelona, trabajando en diversos oficios. En septiembre de 1933 se afilió a la CNT, y en abril de 1936 lo hizo a la UGT. El 7 de febrero de 1939 fue capturado en El Collell por las tropas nacionales, y fue puesto a disposición de un oficial de la Legión Cóndor por haber alegado que poseía la nacionalidad austríaca.

Ahora permanecía sentado en el banquillo, acusado de diseñar y construir dos de las checas más atroces de Barcelona —las de las calles Vallmajor y Zaragoza—, donde cientos de infelices habían sido torturados y asesinados durante la Guerra Civil española. Laurencic era el arquitecto de las checas. Un engendro de hombre; una especie de perverso Frankenstein. Músico de profesión, ideó la instalación del «metrómetro», un aparato de cuerda semejante a un péndulo que emitía un penetrante y continuo tictac para desesperar a los encerrados en las asfixiantes mazmorras.

Entendido en colores y efectos de luz, combinaba figuras de ilusión óptica en las celdas —los llamados «efectos psicotécnicos»— que hundían el ánimo del recluso. Dibujante, diseñó los «armarios», verdaderos ataúdes en los que el preso, por las exiguas dimensiones del habitáculo, se veía obligado a sostenerse sobre las puntas de los pies. Mecánico, hizo que

se colocase en un orificio hecho en la pared, visible para el preso y manejable desde el exterior por su guardián, un reloj que marcase las horas como uno normal. Solo que con un truco imperceptible que consistía en acortar el muelle regulador del engranaje para que el reloj adelantara cuatro horas al día.

Espía, se dedicaba a traicionar a la CNT y a la UGT, y en los sucesos de mayo, a las fuerzas gubernamentales y a los militantes del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). Políglota —hablaba siete idiomas—, consiguió sin problemas el puesto de intérprete en la Consejería de Orden Público de Barcelona. Estafador, distraía fondos de la Administración del Servicio de Investigación Militar (SIM) y facilitaba la salida de España a personas pudientes, cobrándoles antes elevadas sumas de dinero por sus gestiones.

Aventurero internacional, se hizo pasar por oficial del Ejército yugoslavo e ingresó en 1921 en la Legión con la falsa graduación de sargento.

Solo un diablo como él pudo concebir un averno semejante. La checa de la calle de Vallmajor era un auténtico museo de los horrores. En el jardín mismo se hallaba el «patio de los fusilamientos», en cuyo centro los guardias habían abierto una gran fosa para proceder a los simulacros. Colocaban a su víctima al borde del agujero, haciéndola creer que iba a ser enterrada allí mismo, mientras el pelotón la apuntaba con sus fusiles sin llegar a disparar.

En un extremo del jardín estaba «el pozo». El instrumento ideal para infligir a los presos el tormento del agua. La entrada era muy estrecha y de la parte superior colgaba una polea que servía para hacer descender o subir a la víctima. A veces se suspendía a ésta por los pies, introduciéndola de cabeza y sumergiéndola en el agua durante unos segundos.

En otras ocasiones, se la colgaba por los brazos o las axilas, y se la mantenía sumergida durante largo tiempo hasta un nivel de agua próximo a la boca.

Por no hablar de las «mazmorras alucinantes», instaladas en el interior de un pabellón dividido en celdas, donde se aplicaron los métodos denominados «psicotécnicos». Cada celda tenía unos 2,5 metros de fondo por 1,80 de ancho. En su parte derecha había un poyo de cemento que hacía las veces de cama y en la izquierda, un pilar, también de cemento, con una superficie de 40 centímetros y una altura de 90. Cama y pilar tenían una inclinación de unos 20 grados y estaban revestidos de una capa de brea, características que hacían imposible reclinarsse e impedían el descanso.

Y esto era solo el aperitivo ideado por un auténtico monstruo...

Laurencic instaló también las «neveras», celdas cuadrangulares y estrechas, revestidas en su interior con cemento poroso. Un depósito de agua situado en la parte superior proporcionaba un líquido que, filtrado a través del techo y las paredes, convertía el habitáculo en un auténtico frigorífico. Los sacrificados permanecían allí durante horas casi a oscuras, dado que junto al techo solo había una minúscula abertura enrejada, a modo de respiradero. La higiene y el régimen alimenticio en Vallmajor eran también una tortura. Las comidas consistían en un cucharón de caldo aguado con unas cuantas judías o garbanzos, un pedazo de pan y un vaso de agua. Eso cada día. Los presos debían permanecer todo su encierro con la misma ropa que llevaban puesta al ingresar. Para hacer sus necesidades eran sacados de la celda tres veces al día. Si alguno se sentía indispuerto, tenía que evacuar en un rincón del propio calabozo.